

# Filosofía

## LOS HOMBRES DE CIENCIA ACTUALES FRENTE A LOS PRO- BLEMAS FUNDA- MENTALES DE LA VIDA

Acaba de aparecer una nueva edición del libro *! Believe*, y creemos oportuno dar una idea de lo que es el libro y de algunas consecuencias básicas que de él se deducen. El libro aspira a reunir la mentalidad que frente a la vida y a sus problemas fundamentales tienen las inteligencias más preclaras del mundo culto de hoy o como aprximadamente decía la invitación pasada a muchos de esos pensadores en lo que pudiera llamarse la 1ª edición de ese libro: "nos gustaría obtener de Ud. una exposición de sus credos personales; es decir una exposición de sus convicciones y creencias con respecto a la naturaleza del mundo y del hombre". La ambición, por tanto, del libro es reunir en un breve volumen las opiniones que sobre los problemas fundamentales de la vida tienen las inteligencias más preclaras de hoy. Esta es la ambición. La realidad hay que recortarla un poco. De hecho todos los autores que en la obra han colaborado, con rarísimas excepciones, son de habla inglesa, incluyendo entre ellos algunos extranjeros que por circunstancias diversas han hecho de Inglaterra o Estados Unidos una segunda patria. El libro refleja, por tanto una parte de la mentalidad de Estados Unidos e Inglaterra en los puntos arriba indicados. Y esto ciertamente es ya mucho. Por otra parte, en la elección de esos autores representativos había que poner algunos reparos. Sin embargo el conjunto no puede negarse que es de

mucha elevación cultural: basta citar los nombres de Einstein, Santayana, John Dewey, Bertrand Russell, Millikan, etc.

Una de las razones del interés del libro es presentarnos la psicología personal, al menos en su aspecto más intelectual, de una serie de grandes hombres de hoy. Indirectamente refleja también el libro el ambiente de grandes zonas culturales que evidentemente están reflejadas en la mentalidad de estos pensadores. Además es indiscutible que algunos de ellos pasarán definitivamente a la historia con lo que su exposición doctrinal aumenta de valor.

La variedad de pensamiento y mentalidad de los que han colaborado en el libro salta a la vista con sólo recorrer sus páginas. Escojamos algunos nombres que de paso irán poniendo delante de nuestros ojos diversos aspectos del mundo culto de hoy.

Julián Huxley, conocido biólogo inglés, después de negar todo el mundo sobrenatural, todavía tienen la vida por digna de vivirse. Y es digna de vivirse porque el progreso (sobre todo el de los individuos que es para él el fundamental) se abre delante de nosotros como un panorama ilimitado. La fuerza que empuja este progreso es la evolución.

Para Harold Laski, dirigente ideológico del laborismo inglés, la sociedad estará desquiciada mientras no triunfe el socialismo. Ese es el ideal de la humanidad.

Lin Yu-Tang, tan leído en el mundo occidental, nos habla con cierto humorismo de su desconfianza por todos los sistemas filosóficos armoniosamente lógicos. Prefiere un buen sentido común con cierta benevolencia para la vida. De religión le queda lo que él llama la religión: un aspecto emocionado al Dios, del Universo, el culto de lo bello, de lo justo...

Einstein nos dice: "Los ideales que han lucido siempre ante mí, que me han llenado de la alegría de vivir son la bondad, la belleza y la verdad". Lo que vale, en definitiva, son los valores individuales, no el Estado como tal. Insiste en un sentimiento reverencial ante el misterio impenetrable de la naturaleza, lleno, por otra parte, de sabiduría y belleza.

Robert A. Millikan, universalmente conocido por sus trabajos sobre el electrón, valora sobre todo la idea del pro-

greso. Este consiste: a) en el ideal altruista, b) en el descubrimiento progresivo de las leyes físicas, c) en la verdad ya descubierta de la evolución, d) y por último, en la democracia frente al totalitarismo.

Bertrand Russell describe dos épocas de su vida. La primera en que le apasionó el conocimiento de los fundamentos de las matemáticas. Y la segunda, en que se dedicó con ardor a trabajar por el ideal pacifista. Como medios para esa paz ideal aboga a) por un gobierno internacional; y b) por la salud fisiológica y psicológica de los individuos cada vez más cultivada, que automáticamente disminuirá el odio y temor mutuos causa de las guerras.

H. G. Wells nos habla de la inestabilidad humana ya que el hombre no es más que una etapa casi momentánea de un único pensamiento o experiencia psicológica, que va pasando de generación en generación a través de todos los hombres. De ahí que el Hombre quizás sea inmortal, pero los hombres somos completamente mortales.

Emil Ludwg, autor de las originales biografías traducidas a todas las lenguas nos da la clave de su filosofía (y también de muchos aspectos de sus biografías) al decirnos que no ha leído más filósofos que Goethe y Nietzsche y que únicamente venera "además de los griegos a los profetas Goethe y Beethoven". El venera a la naturaleza en todas sus manifestaciones y nos hace la confesión de que a la cabecera de su cama cuelga siempre la Oda de Goethe a la naturaleza. Además, como buen discípulo de Nietzsche, admira a los genios aunque en su camino tengan que sacrificar multitud de vidas humanas.

Santayana a través de datos autobiográficos preciosos nos hace un resumen denso, viviente de amabilidad y poesía, de sus ideas filosóficas, imposible de resumir en breves líneas.

Para John Dewey lo que vale es el individuo, pero el individuo depende de la sociedad. Para salir del capitalismo privado sin caer en el del Estado (que conduce al totalitarismo anulador de los individuos) el medio es las asociaciones voluntarias de esos mismos individuos.

Las referencias han sido un poco largas y monótonas, pero necesarias, para que el lector apreciara de cerca el pensamiento de esos hombres. Si quisiéramos clasificarlos en grupos (un poco artificialmente, por supuesto) podríamos

distinguir los que insisten en el aspecto social del hombre (Laski, Russell y en cierto sentido Dewey) y los que se detienen preferentemente en problemas individuales. Entre éstos algunos insisten en el progreso (Huxley, Millikan), otros en la belleza y bondad de la vida (Einstein, Lin Yu-Tang y con notables variantes Ludwig). Por último Santayana y Wells tratan de dar un cimiento más filosófico a sus afirmaciones.

Ante este panorama de opiniones de hombres por otra parte de méritos incuestionables el sentimiento del lector es más bien pesimista. Es cierto que hay orientaciones concretas y como si dijéramos provisionales que no carecen de acierto, pero los grandes problemas de la vida quedan sin respuesta. O se los esquivo sencillamente o ante ellos se pronuncia, con todo aplomo, un "no sé" categórico. Prueba evidente de que los autores que nos hablan en este libro no pueden arrogarse el título de guías de la humanidad como erróneamente pretenden atribuirselo los editores de la obra. Dónde están esos guías es un tema por demás sugestivo, pero que desborda las aspiraciones de este breve artículo.

Junto con la anterior, brota de la lectura de este libro, otra impresión abrumadora que se escapa como un grito de dolor: "El mundo de hoy ya no es cristiano". Es cierto que las páginas de esa obra no son una prueba de tal afirmación pues, sin querer inculpar a los editores de tendenciosos en la elección de autores no cristianos, es cierto que aun en el mundo de habla inglesa se podrían haber incluido otros autores de mentalidad cristiana y mucho más fuera del mundo de habla inglesa. Pero si no como prueba el libro queda como un símbolo: de los 38 autores en él incluidos sólo uno, Maritain, se profesa cristiano; de los demás ninguno tiene el minimum de ideas cristianas (no precisamente católicas) para poderle clasificarlo como tal y la mayor parte expresamente hacen profesión de no cristianismo. Es una realidad angustiosa a la que es inútil cerrar los ojos. Lo que en el mundo obrero es ya un tópico "el mundo obrero ha dejado de ser cristiano", hay que extenderlo al menos en gran parte al mundo intelectual: el fenómeno es comprobable en multitud de Universidades enclavadas en territorios cristianos y católicos donde la mentalidad que se profesa en gran parte del profesorado y alumnado no es ya cristiana. De la clase media habría tam-

bién algo que decir, pues, si es quizás la que más nutre las iglesias, tal vez habría que poner muchas restricciones a esa profesión de fe. Pero no es de este lugar el hacerlo.

Las consecuencias prácticas de estos hechos son quizás incalculables: ¿La organización católica concretamente no está basada, en muchas partes, en el principio implícito de que el mundo occidental aún es cristiano y en muchas naciones católicas, cuando la realidad quizás es que el mundo es pagano y dentro de él se desenvuelve una minoría católica? Multitud de acusaciones contra el cristianismo no se basan en hechos objetivos pero de hombres que socialmente son considerados como cristianos y católicos, cuando en realidad no son ni una cosa ni otra? Si los campos estuvieran más delimitados, esas acusaciones tendrían razón de ser? Son dos de las muchas preguntas de consecuencias prácticas enormes que se podrían hacer sobre la base indiscutible de la paganización del mundo.

Junto a esta impresión angustiosa producida por la lectura del libro de que venimos hablando, se destaca también otra que suaviza un poco la anterior aunque de ninguna forma la anula: El cristianismo está todavía presente en el mundo occidental aun en aquellos medios más decididamente a-cristianos. Eso lo prueba con evidencia el hecho de que la mayor parte de los autores, que por otra parte se profesan decididamente no cristianos, al querer analizar las bases de su vida se sienten necesitados de plantearse los problemas cristianos, aunque sea para rechazarlos; señal evidente de que esos problemas están aún en el ambiente y el cristianismo, aun en esos medios, no es una cosa enteramente muerta y olvidada. Dato por otra parte muy importante como cabeza de puente para un ataque del cristianismo sobre esas posiciones enemigas.

Y por último, para personas timoratas, hemos de aclarar que las afirmaciones precedentes no son una prueba contra el cristianismo. En primer lugar porque la autoridad de la mayor parte de esos autores es muy discutible en materias religiosas y aun filosóficas: su especialidad es la ciencia positiva o la literatura; con qué derecho, por tanto, se les quiere presentar como autoridades indiscutibles sobre las bases de la vida que son problemas ni de ciencia positiva ni de literatura? Viene al caso una anécdota no muy alejada de nosotros: Preguntado Edison en los últimos años de su vida qué opinaba de Dios, respondió que no había tenido tiempo para plantearse el problema. Sería ridículo querer, por tanto, presentarle como una autoridad en una materia que no había siquiera abordado. Algunas de las preguntas de la encuesta eran sólo propia para científicos, que expresamente se han interesado de los oscuros y profundos problemas del origen de la vida, como Alexis Carrel o Augusto Pi y Suñer. Por lo tanto quién sabe si la utilidad del libro hubiera sido mucho mayor si, en lugar de preguntarles sobre las bases de la vida (pregunta para la que muchos no están preparados para responder) se les hubiere preguntado por los principios directivos que les han guiado en la investigación de aquellas materias en las que han llegado a ser eminencias mundiales? Además a cada nombre no cristiano de aquí se le puede oponer otro cristiano de tanta o más categoría: a un Einstein, un Newton, profundamente cristiano; a un Russell, un Galileo profundamente cristiano (a pesar de la leyenda tejida al rededor de su proceso); a un Dewey, un Leibnitz profundamente cristiano y escritor de una apología de Dios; a un Santayana, un Bergson ideológicamente cristiano en los últimos años de su vida; y así de otros. Como se ve la balanza se inclina del lado del cristianismo.

FELIX GASTON, S. J.

